

# VISUALIZÁNDOSE EN LOS FOTOGRAMAS... ... PIEZAS PARA LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD.

---

LORENA GÓMEZ

“La habilidad para experimentar el gozo – en cuanto pérdida de sí mismo – corresponde al *placer* de la identidad y de los significados”

John Fiske, *Understanding Popular Culture*, 1989

Aquello que nos lleva a gozar de la lectura de una fotonovela, como texto propio del género melodramático, es paradójico en sí mismo: nos permite huir de nosotros mismos, pero debe partir del reconocimiento previo de ese nosotros mismos en el texto.

Anclarnos para después volar.

Paradoja sin duda el *gozar* de la evasión de las reglas y las normas, de una liberación momentánea de la ideología opresora, y al mismo tiempo, disfrutar del *placer* de reconocerse en ese orden social que parece confirmarnos nuestra propia identidad. Empañar el espejo en el que buscamos nuestra imagen.

Paradoja el poder sentir el placer casi orgásmico, el gozo de *fantasear* con ser otra, la de la fotografía, la de la pantalla, y al mismo tiempo reconstruirse a una misma en su propia actividad cotidiana, la que reflejan esas mismas imágenes.

Cada *frame* de la telenovela, ralentizado en fotogramas impresos, se presenta como congelación, como un momento único para contemplar la *performance* de nuestra identidad múltiple: la mujer que somos, la que anhelamos ser, la que detestamos reconocer en los gestos y la que realiza aquello que ya es un imposible en nuestra vida cotidiana.

Cada marco visual es el detonante de un proceso de construcción del discurso a partir de piezas de signo opuesto y complementario, las de las vivencias *reales* y las de las experiencias vicarias. La narrativa contenida en los fotogramas no es sino la estructura, los contornos delineados de una y mil historias, cuya naturaleza incompleta se subsana en la fruición de quien la resigue con su propia mirada dándole forma y color a los vacíos insinuados.

Formas y colores de fantasía y de realidad, de sueños y de recuerdos, donde la ficción es una vivencia proyectada hacia una realidad atemporal que reúne lo emotivo y sensual de nuestros más íntimos deseos y al mismo tiempo nos retiene en la identificación inmediata que experimentamos al reconocernos como parte implicada en la narración.

La imagen de la mujer *paralizada en movimiento*, imagen de tensión por antonomasia, cobra vida de nuevo del mismo modo que rebrota de nuestro ser el personaje de ficción que articula nuestra subjetividad. El fotograma se transforma en una puerta que se abre a la lectura en profundidad, aquélla que atraviesa la imagen y va desde su más allá a nuestras más secretas realidades imaginarias.

La imagen es entonces instrumento para las realizaciones simbólicas de múltiples y contradictorias posiciones de nuestro yo femenino. Es la posibilidad de *gozar* de esas posiciones e identidades con las que únicamente se puede fantasear.

La fotonovela, como relato, es el espacio donde poder construirse a una misma en los modos posibles de feminidad. Y ser, por un momento, aquélla que besa apasionada al amante ante la mirada del hombre autoritario que la coarta, la que se impone al poder que la subyuga y lucha tenazmente por liberarse de las fuerzas que la condena a una existencia indeseable, la que posee y la que es poseída, la que es objeto de deseo y diosa de la sensualidad, la que urde planes ingeniosos para vengarse de ese hombre que la ignora o la desprecia... de ese poder opresor y hegemónico que devalúa su ser y que se aferra contra ella como huella latente del patriarcado que se ha erigido a lo largo de nuestra historia.

Todos y cada uno de los estereotipos, todas y cada una de esas representaciones simplificadas, que transforman a las personas en tan sólo unos rasgos de carácter exagerados a modo de caricaturas grotescas, hoy se descomponen. Se desbordan sus cuatro trazos al no poder contener la complejidad de las personas, la feminidad que se realiza a cada momento y en cada punto del espacio, libre ya de toda norma. Una feminidad inaprensible que se actualiza en cada gesto, en cada pensamiento, en cada nueva experiencia, y en cada nuevo goce de la lectura de estos relatos fotonovelescos.

Relatos tópicos, modelos arquetípicos, estereotipos reiterados una y mil veces que han perdido su poder de definición en pos de una

nueva consideración de *posibles reflejos*. En el contexto de posmodernidad, las mujeres se construyen a sí mismas en un constante disfrute de las representaciones que de ellas ofrecen fotonovelas, revistas, escaparates de moda, etc. Sobre estas representaciones articulan su propio ser, libre de estereotipos y clasificaciones.

Nada es dado por descontado, ninguna definición de mujer puede ser ya naturalizada, ninguna clasificación es válida cuando las diferencias y los límites entre lo "ideal" y lo "transgresor" están en continuo proceso de construcción.

Y los estereotipos que forman parte de la exageración melodramática de este tipo de narraciones no son sino la base de una decodificación inmediata, una identificación casi instantánea con esos rasgos puros de lo femenino y lo masculino. Lo esencial para el disfrute de *disfrazarse*, de suplantar la identidad o transgredir carnavalescamente nuestra propia realización o *performance* habitual. Todas las identidades son ficciones. Es lo que Butler reivindica desde el extremo. Desde el reconocimiento del papel subversivo de la figura del travestí, que desestabiliza lo estable, lo normativo. Fractura la línea que delimita y define los ideales del género, de lo femenino y lo masculino como opuestos. Lo que el travestí fractura con contundencia en su *performance* rupturista, todo ser humano desea resquebrajar. No son más que ideales que *in extremis* o no, todo ser humano ansía cuestionar.

Desde la ficción *experimentada* en el relato fotonovelesco, la suplantación o la "performatividad" que Butler propugna, se convierte en motivación de lectura y a su vez, en escudo de protección. A salvo de la imagen social que de una misma se construye, el placer reside en cuestionar esa misma imagen impostando nuevas posiciones, nuevos sujetos.

Gozar del *placer* de ser la arpía maquiavélica y conspiradora, la sirena sinuosa y sensual, la matriarca protectora y comprensiva, la víctima de su sometimiento y su servilismo, la zorra juzgada y envidiada, o la "vamp" dominadora y misteriosa. Reencarnarse en cada una de esas mujeres que viven dentro y fuera de los límites, las que se han clasificado como ideales o como desviadas de la norma. Y poder vivir siendo ambas a la vez.

La línea que separa la norma de la transgresión fluctúa con el devenir temporal. Si en los años cincuenta las revistas femeninas propugnaban una mujer ideal consagrada al hombre que regentaba su hogar, *versus* la transgresora que anteponía sus propias ambiciones al papel de madre y esposa, hoy parece invertirse, en parte, la dirección marcadas por estos polos opuestos.

Winship describe el modelo ideal de mujer de hoy a través de la publicidad. A través de los anuncios de cosméticos que permiten obtener esos labios salpicados de piedras preciosas o un volumen de textura acuosa, de colorantes luminosos para el cabello y definidores de rizos imposibles, de gafas de sol, colgantes y relojes a juego con las *thongs* en piel metalizada rosa que se venden en el set de complementos de baño, o los tratamientos anticelulíticos de efecto total que deben ir de la mano de los bronceadores en época estival, para dar un brillo dorado a la piel a la vez que la regeneran, conservándola fresca y joven.

Anuncios que venden "no sólo mercancías, sino también la relación personal en la que nosotras somos femeninas: cómo somos/ deberíamos ser/podemos ser cierta mujer femenina" (Winship, 1981). Y la mujer se reconstruye en esas representaciones como la mujer de siempre, que no descuida la felicidad absoluta a la que debe aspirar en su hogar, que no cesa en su papel de seductora pese a ser una madre sin complicaciones aparentes, y que a sus aspiraciones profesionales, debe añadir el constante reto de estar guapa, esbelta y ser sexualmente atractiva.

La mujer que hoy se construye socialmente como modelo dominante a partir de todas estas representaciones es independiente, atractiva y conocedora de sus propias capacidades y de sus redescubiertas necesidades. Sus fantasías, se diversifican: a la maternidad se suma el éxito en el mundo laboral y sobre todo en las relaciones sentimentales, ahora redimensionadas en el plano sexual.

La mujer ya no sólo persigue la felicidad y el amor ideal, sino que, aparentemente masculinizada, intrusa en el terreno reservado al *otro*, también busca su propia satisfacción sexual. Y las revistas femeninas de hoy contienen consejos y consultas más allá del ámbito de los sentimientos, de la cocina o de la belleza. Hacen *públicos*, comunes y legítimos, los discursos sobre el gozo *sexual* sin matices. Sin eufemismos ni falsos dilemas de ligazón *sine qua non* a esa idea casi esclavizadora del amor romántico.

Hoy encontramos entre el magma del discurso mediático las reivindicaciones de la mujer como agente activo en el ámbito sexual, como aquella que va en busca de su propio placer y del descubrimiento de su propia sexualidad. Se hace explícito algo que subyacía en la lectura de tantos relatos sentimentales.

La intensidad constante de la mirada pornográfica del hombre en busca de satisfacción sexual que tantas palabras ha generado en el discurso del cine de Hollywood y de la crítica literaria, se transformaba en pornografía de los sentimientos y del erotismo para la

mujer que devora los relatos de la fotonovela. Una mujer ávida de reconocerse en esas vidas privadas compartidas en instantáneas que luchan entre la captación del éxtasis y el suspense contenido. Instantáneas que apenas retienen la mirada de la lectora que ansía el *placer* de la identificación y el *goce* del detalle exagerado que oculta lo no mostrado: su propia imaginación, su propio *yo*.

El amor de las fotonovelas que se carga de erotismo en las fruiciones privadas de sus lectoras, ahora forma parte de estos textos y de ese poso común de lo público compartido. La fantasía ya no pertenece a la intimidad, sino que progresivamente invade el ámbito de lo social, de lo legitimado. Y establece nuevas posiciones posibles para la mujer posmoderna que haya de protagonizar las nuevas y recicladas fórmulas de fotonovelas y relatos femeninos.

Hubo quien dijo que no existen las representaciones de la mujer, sino que cada uno de estos discursos *de* ella, *para* ella y *sobre* ella, no son más que sus propias construcciones. Piezas de un prisma de múltiples caras de efímeras cristalizaciones... Identidades y realizaciones de mujer que se asemejan y a la vez son divergentes; casi novelescas y también rutinarias y sombrías; preñadas de fantasía y contundentemente verosímiles... identidades de mujer que se construyen y deconstruyen como si de un prisma de material vivo, orgánico e informe se tratara.

La mujer que se recrea en sus narraciones, las de autora y las de lectora, se escapa de la *definición de mujer*, como el prisma caleidoscópico se modela en el tiempo y el espacio dando formas, colores, destellos y reflejos imposibles de retener.

A modo de imagen fractal, se visualizaría así la inextricable complejidad de las relaciones entre personas, la expresión sin trabas de la emotividad, la verbalización de sentimientos y deseos... que forma parte de algunos de esos modos de feminidad que se han inmortalizado al captarse en las instantáneas del relato melodramático, en los fotogramas de la fotonovela y sus homólogos.

Los discursos públicos sobre la mujer, podrían fortalecer el enquistamiento de la mirada voyeurista masculina sobre la mujer objeto y la hegemonía de los valores patriarcales que, para muchos, los sustentan. Sin embargo, las representaciones sobre las que se articula la definición de la identidad de género están abiertas a las lecturas de las propias mujeres, que deben construirse a así mismas como tales y de forma constante.

Las narraciones contenidas en el melodrama que plaga fotonovelas, revistas, seriales y tertulias femeninas pueden contemplarse como un campo abierto a la mirada femenina y a la construcción de lo femenino y lo masculino que hay en cada uno de los seres humanos. Y sobretodo como una inmersión en la intimidad que habita en la esfera privada. Una inmersión que no apela al placer del exhibicionismo, sino al de la exploración de uno mismo.